

Sistemas políticos frente a las autocracias

MANUEL ALCÁNTARA SÁEZ

Recibido: 30 de noviembre de 2023. Aceptado: 18 de febrero de 2023.

Resumen. En el presente texto se lleva a cabo una reflexión en torno a la resiliencia de la democracia en los países latinoamericanos, que admite diferencias notables para cada caso, sobre la base de la conceptualización de la democracia fatigada. La misma se da en el seno de sociedades cansadas en un marco en el que la publicidad desempeña un papel estelar diferente al que desempeñó hasta hace apenas una década. Las serias dificultades existentes para la consolidación del Estado, incapaz de hacerse con el monopolio de la violencia legítima, y la frustrante búsqueda de consensos en sociedades muy fragmentadas, constituyen dos cuestiones que se deben tener en cuenta al finalizar un año que deja sobre la mesa asuntos recurrentes en el borde de la autocracia.

Palabras clave: retroceso democrático, autocracias, América Latina, democracia fatigada, propaganda digital.

Abstract. In this text, a reflection is carried out on the resilience of democracy in Latin American

.....
La presente conferencia fue impartida por el doctor Manuel Alcántara en el marco del 12vo. Seminario Internacional de Rendición de Cuentas «Corrupción y procesos electorales en América Latina» el 29 de noviembre de 2023 en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, Jalisco, México a partir de sus artículos de opinión publicados en el periódico «Latinoamerica21» durante el año 2023.

Manuel Alcántara Sáez. *Universidad de Salamanca* (correo electrónico: malcanta@usal.es | <https://orcid.org/0000-0001-6483-3165>).

countries, which admits notable differences for each case, based on the conceptualization of weary democracy. It occurs within tired societies in a framework in which advertising plays a starring role different from the one it played until just a decade ago. The serious difficulties that exist in consolidating the state, incapable of gaining a monopoly on legitimate violence, and the frustrating search for consensus in highly fragmented societies constitute two issues to consider at the end of a year that leaves recurring issues on the table in the edge of autocracy.

Keywords: backsliding, autocracies, Latin America, weary democracy, digital broadcast.

El estado de la democracia en América Latina

Cuantificar a través de mediciones el estado de la democracia es un indudable progreso del saber, una práctica que es un lugar común desde hace un siglo en diferentes disciplinas del ámbito de las ciencias sociales. En la economía hoy no existe duda alguna de la validez y utilidad de los índices que miden la riqueza de una nación a través del término producto interno bruto (PIB) o del que calcula la subida de los precios y evalúa la carestía de la vida. En la sociología, los índices de desigualdad, de natalidad o de mortandad son moneda corriente, como lo es en psicología el coeficiente de inteligencia. Son aproximaciones necesarias para un mejor conocimiento de la realidad que se ven acompañadas en el campo de la ciencia política con esfuerzos similares desplegados en las dos últimas décadas.

Freedom House, Economist Intelligence Unit (EIU), la Fundación Bertelsmann y el proyecto Varieties of Democracy (V-Dem), entre otras, son instituciones que han venido especializándose en la evaluación del desempeño democrático de los países. Partiendo de un marco conceptual sólidamente arraigado en la academia en torno a la siempre compleja noción de democracia, los estudios llevados a cabo la operacionalizan mediante indicadores que son factibles de valorar en escalas. Así, los trabajos de Norberto Bobbio, Hannah Arendt, Robert Dahl, Giovanni Sartori o Juan J. Linz, entre un amplio grupo de intelectuales, son usados por expertos para calibrar periódicamente el nivel alcanzado por las distintas variables. Al mismo tiempo, también se utilizan diferentes tipos de escalas de procedencia variada, entre ellas los porcentajes de participación electoral, las tasas oficiales de escolarización y desempleo y los datos de encuestas que miden hábitos y valores.

Todo ello hace factibles aproximaciones bastante sofisticadas a la democracia, concebida como un tipo de régimen basado en el Estado de derecho y en el que los funcionarios públicos acceden al poder como resultado de procesos electorales periódicos, libres y lim-

pios. Pero el análisis no queda ahí puesto que se puede ver complementado por una visión que valora, a su vez, el nivel de igualdad existente en el país abordado, la participación real de la gente en las decisiones que afectan su vida y la posibilidad de tomarlas a través de la deliberación, así como la eficiencia y la eficacia en los resultados de las políticas implementadas.

Estos instrumentos alcanzan a los países latinoamericanos, que son así observados con una mirada desapasionada, alejada de la militancia ideológica de cada quién. Su análisis minucioso comparado, de acuerdo con las instituciones que publicaron sus trabajos para 2022, permite llevar a cabo tres tipos de acercamientos que facilitan sendos titulares del estado de la cuestión.

En primer lugar, se constata una vez más la enorme heterogeneidad de la región. Combinando los informes publicados, que tienen un notable grado de congruencia, los países pueden encuadrarse en cinco grupos en función de su grado de democracia (otras fuentes hablan de calidad de su democracia). Uruguay, Costa Rica y Chile se encuentran en el lugar más alto; Panamá, Argentina, Brasil, Colombia y República Dominicana están en el nivel medio-alto; en una posición intermedia están Ecuador, México, Paraguay y Perú; mientras que Bolivia, El Salvador, Guatemala y Honduras aparecen en el nivel medio-bajo, y en el menor nivel se sitúan Cuba, Nicaragua y Venezuela.

En segundo término, el año 2022 resultó ser el peor año en la serie de mediciones efectuadas en la mayoría de los países latinoamericanos. Por ejemplo, el índice de transformación de Bertelsmann (BTI, por sus siglas en inglés), que se realiza desde 2008, indica que así fue excepto para Colombia, Cuba, Uruguay, Ecuador y Paraguay; el mejor año de la serie para Colombia fue 2008, el de Uruguay 2012 y el de Paraguay 2014. Los índices de democracia de la EIU para los años 2021 y 2022 fueron los peores desde 2004 para la mayoría de los países; las excepciones fueron Argentina, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Guatemala, República Dominicana y Uruguay. El análisis comparado longitudinal entre 2004 y 2022 muestra una suave evolución positiva de Colombia y la paulatina involución de México (su índice bajó de 6.67 a 5.25), El Salvador (de 6.22 a 5.06), Guatemala (de 6.07 a 4.68), Honduras (de 6.25 a 5.15) y Bolivia (de 5.98 a 4.51). Por su parte, Nicaragua y Venezuela se desplomaron al pasar de 5.68 a 2.50 y de 5.42 a 2.23, respectivamente. Uruguay (8.91), Costa Rica (8.29) y Chile (8.22) alcanzaron sus valores más altos en 2022 (Fundación Bertelsmann, 2022).

Por último, debe subrayarse que los estudios muestran un marcado descenso de los índices medios a nivel mundial, pero también por regiones, algo que refuerza la idea de la fatiga que acosa a la democracia en el mundo y que sin duda deberá afrontar la referida cumbre virtual. Ahora bien, la región donde más descendió el promedio del índice de democracia entre 1998 y 2022 fue América Latina y el Caribe, pues disminuyó casi diez puntos porcentuales, frente a los tres puntos en que decreció en Europa occidental, Estados Unidos y Canadá, y los cinco puntos en que disminuyó en Europa oriental (Insulza, 2023).

Sociedades cansadas y democracias fatigadas

Con mucha frecuencia la política es analizada desde el estricto ámbito del poder. Ahí las instituciones, como factores que regulan la interacción humana con la finalidad de evitar la incertidumbre, desempeñan un papel muy relevante. Los análisis giran en torno a las elecciones y sus resultados a la hora de conformar los poderes del Estado, y de su habitual confrontación. Los partidos políticos centralizan la atención, así como los diferentes liderazgos. Las ideologías, en cuanto conjuntos de valores y de elementos comprensivos del mundo, también son objeto de interés. En fin, las políticas públicas presentes, que atienden demandas en mayor o menor medida, constituyen un eje fundamental en el estudio de la política. Con todo ello se construyen tipologías y se conoce el avance o retroceso, de acuerdo con determinados parámetros. Así, hablamos de erosión o desgaste de la democracia; incluso avizoramos su quiebra.

Es tal la preocupación en estos aspectos que, sin embargo, en muchas ocasiones se tiende a dejar de lado el ámbito concreto, integrado por personas, donde tiene lugar el ejercicio del poder. La sobreexposición de visiones estrictamente centradas en lo político-institucional requiere, por consiguiente, abordar la realidad desde una perspectiva interdisciplinar. La demografía, por ejemplo, ayuda a explicar el cambio social señalando cómo están íntimamente conectadas las variaciones entre diferentes grupos de edad con las tasas de fertilidad, y lo que suponen los movimientos migratorios. Todos estos aspectos inciden hoy de forma substantiva en los procesos políticos.

De igual manera, los cambios ocurridos en la sociedad, al amparo de la revolución tecnológica en la que nos hallamos insertos, han supuesto una profunda conmoción como jamás antes en la historia de la humanidad por la velocidad exponencial en que se han

producido tanto en el tiempo como en el espacio. Además, estas transformaciones muestran un claro desbalance en su desarrollo hacia el sector empresarial privado.

Trabajos como *La sociedad del miedo*, de Heinz Bude, o *La muchedumbre solitaria*, de David Riesman, han ido completando las premoniciones de Zygmunt Bauman acerca de la sociedad líquida y sus efectos. Las ideas de que se pasa de la promesa de ascenso a la amenaza de exclusión, de que las emociones sustituyen a las razones y de que lo que mueve a seguir adelante ya no es el mensaje positivo sino el negativo, han ido ocupando el escenario. Un panorama en el que el miedo lleva a la impotencia, donde somos individuos solitarios y está en crisis la idea de «nosotros» por la multiplicación casi sin límite de las identidades en las que nos calzamos.

Byung-Chul Han ha teorizado también sobre este nuevo estado de cosas al referirse a la sociedad del cansancio. Usando la metáfora del enjambre, alude a la capacidad de autoexplotación que tiene el ser humano para con una existencia en la que las nuevas tecnologías multiplican las tareas y hacen del tiempo, como nunca, un bien escaso. Estar permanentemente conectados contribuye asimismo al agotamiento. Si a todo ello se añade que, al amparo de la proliferación de las políticas identitarias —también claramente acusadas por la revolución digital—, la política del resentimiento de la plaza pública no puede ser menos halagüeña (Han, 2012).

La sociedad del cansancio consolida el hartazgo respecto a fórmulas que, aunque en términos temporales no son tan viejas, parecieran arrastrar una longevidad insufrible. Si en los países latinoamericanos las democracias actualmente implementadas gozan de menos de medio siglo de vigencia en promedio, y su rendimiento ha sido razonablemente positivo, pareciera que la velocidad de los cambios sociales y culturales las hace mostrarse como antiguallas insoportables.

La floración de identidades múltiples, potenciada por las redes sociales, se complementa con la disolución de vínculos tradicionales en un contexto en el que no se alcanzan las expectativas gestadas. No vivir mejor que los padres es una evidencia que agota las promesas del gran circo mediático en que se ha convertido la política, que entra en una fase de fatiga reflejada en el descontento con las instituciones y con la propia democracia, así como en la crisis de representación política en la que los partidos aparecen como los principales responsables.

Del descontento y la minusvaloración dan sobrada cuenta los análisis demoscópicos.

Como muestras, baste recordar que el 37% de los brasileños están en favor de un golpe de Estado que desaloje a Lula de la presidencia y que solamente el 20% de los peruanos aprueban la gestión de Dina Boluarte, mientras que el 14% aprueban el Congreso de la República (*The Economist*, 12 de enero de 2023).

Por su parte, la función de intermediación, clave en la faceta representativa en la que se expresa la democracia realmente existente, se ve desarticulada. En sí misma, toda intermediación hoy está absolutamente patas arriba; pero, además, los partidos han perdido toda capacidad de identificación con el electorado. Hoy en día es más fácil identificarse con individuos a quienes se adora (o se odia) que con los que vienen a definir el debate político.

Así las cosas, no resulta extraño el panorama que correlaciona el cansancio societal con la fatiga de la política. En medicina, la astenia es el estado que sigue a la fatiga cuando las cosas no van a mejor porque la ausencia de aire, la sensación de ahogo invade a quien la padece. La cuestión, por consiguiente, es si está la democracia en los países de América Latina al borde de caer en esa situación crónica, que pone en riesgo el indudable avance registrado para la mayoría durante las últimas cuatro décadas.

La propaganda en la era digital

La propaganda siempre tuvo un carácter mediador en la política, pero en los últimos tiempos éste se ha exacerbado. El camino de la propaganda digital, desde que Barack Obama la utilizó por primera vez en su campaña presidencial hace tres lustros, ha sufrido una evolución exponencial tanto en lo referente al número de quienes la utilizan como a los mecanismos de su diseño. En la actualidad no hay proceso electoral que no la aplique profusamente. Ecuador, Argentina y Colombia, los tres países latinoamericanos que han celebrado comicios en los últimos dos meses, estuvieron inmersos en procesos en los que quedaron atrás los llamados al voto mediante carteles y boletines impresos, que sin dejar de existir se ven superados por reclamos a través de las redes sociales y otras formas de llegar por internet al potencial electorado.

Además, la incorporación de la inteligencia artificial como soporte efectivo a la estrategia publicitaria ha supuesto el incremento notable de la cantidad de desinformación; algo que siempre estuvo presente, pero cuyo alcance era mucho más limitado en comparación con el hiperrealismo actual de la misma. Por otra parte, la capacidad de diseñar

publicidad «a la carta» para cada individuo, segmentando al electorado por grupos de interés receptores de mensajes personalizados, logra una mayor eficacia pues se estrecha la vinculación entre la oferta y la demanda en la que media el voto.

Sin embargo, en la política de la era digital la propaganda no es sólo una cuestión perpetrada en las citas electorales. Poco a poco se ha ido inmiscuyendo en el accionar cotidiano. La utilizan distintas instituciones públicas para comunicar a la ciudadanía sus avances en las medidas puestas en marcha y, como es bien sabido, la emplean los gabinetes de comunicación en nombre del titular para bombardear a la ciudadanía con breves mensajes en los que, además de informar de los pasos que está dando en conexión con su agenda diaria, sirven para polemizar con representantes de la oposición y otros gobernantes.

En este arte, el presidente de El Salvador es el actor más destacado, sin duda alguna, de la región. De origen profesional publicista, ya en su época de alcalde previa a la elección presidencial de 2019 destacó por su profusa utilización de las redes sociales en campañas perfectamente elaboradas para vender a la ciudadanía el producto que representaba. Tras su llegada al palacio presidencial se rodeó de un grupo de profesionales de la comunicación de origen venezolano, que completó con un equipo de medio millar de activistas en nómina que laboran frenéticamente para construir la imagen pública de su persona y del proyecto que pretende entregar.

En su quehacer, suben a las redes más de cien videos diarios como promedio. Su contenido es muy diverso e ilustra con apasionada vehemencia lo que pretenden transmitir. En su marco de actuación, el producto estrella que alcanzó una insólita repercusión mundial fueron las fotos de pandilleros semidesnudos, con la cabeza rapada y exhibiendo sus tatuajes, detenidos junto con otras personas y alineados en filas simétricas. Las escenas realizadas por el propio aparato de propaganda del Estado transmitían una insólita estética de la maldad que terminaba teniendo un resultado de morbosa belleza y, por consiguiente, despertaban un sentimiento de aprobación.

Esta peculiar banalización del mal, que se contextualiza como una aparente solución al dramático problema de la violencia en el país, encontraba su correlato en clásicas actuaciones similares bajo el nazismo o el estalinismo. Sin embargo, lo novedoso se encontraba en la inmediata transmisión del supuesto arranque de una simple acción en clave de «quien lo hace lo paga» que ocultaba muchos otros aspectos muy relevantes, que iban desde las negociaciones previas con los cabecillas, la ignorancia del debido proceso y el

significado del estado de derecho, hasta el ocultamiento tanto de la dimensión del problema como de las raíces de éste.

Todo ello no hace que resulte extraño que se repita una y otra vez, en diferentes medios, que Nayib Bukele no sólo es el presidente actual de América Latina más conocido, sino que también sea el más valorado. Quienes repiten una y otra vez esa insensatez no señalan el impacto que supone, a la hora de construir su imagen, el hecho de que medio centenar de los miembros de su equipo de comunicación-propaganda trabajan exclusivamente para difundir su imagen y las supuestas bondades de su gobierno en América Latina. No ponderan los efectos de una propaganda simplona, por cuanto que es reduccionista, de asuntos extremadamente complejos, efectista porque subraya la obtención de éxitos que no son tales y, lo que a la postre quizá sea peor, la consolidación de una vía autoritaria de gobierno. Un modelo listo para ser exportado a otros países de la región tentados por la panacea efectista salvadoreña, con resultados sin duda funestos.

A vueltas con el Estado

Hay asuntos recurrentes, cuestiones que parecen obsoletas y que, sin embargo, están ahí imbuidas de una actualidad agobiante. Las modas intelectuales las entierran y las agendas mediáticas las ocultan ante el aparente desinterés del gran público. Sumergida en la vorágine de lo identitario, absorbida por el predominio de la singularidad, alienada por la sociedad de consumo, la gente está distraída. En la mayoría de las ocasiones centra su atención en materias diversas tanto en su deambular cotidiano como cuando se refiere a los momentos puntuales en que la política la reclama. En todo caso el Estado parece algo ajeno.

Además, en las últimas décadas está sometido primero al manoseo y luego al vituperio, en clave de mantras eficaces para gestar estrategias de descrédito. Hoy la discusión en la plaza pública está ausente. No sólo lo está frente a cualquier convocatoria electoral, con la consiguiente banalización de las ofertas proclamadas, sino también a la hora de buscar solución a los problemas que confrontan las sociedades. Sin embargo, su reconsideración me parece prioritaria. Fuera de toda soflama estatista ciega, tomar en cuenta sus funciones en la perspectiva de la evidencia conocida a lo largo del último siglo y medio es imponderable, sin dejar de lado las enormes transformaciones producidas sobre todo en el ámbito tecnológico.

El segundo semestre de 2023 ofrece un rico abanico de escenarios dramáticos en América Latina, en los que el olvido de viejos temas impele a gestar una diligencia imponderable. El asesinato del candidato presidencial Fernando Villavicencio supuso el epítome del fracaso de un Estado a la hora de proteger a un candidato en plena función de un proceso fundamental para la política, como es el del debate electoral. Villavicencio es una más, aunque emblemática, de los cientos de víctimas mensuales que cobra la violencia en Ecuador en una degeneración notable de la convivencia que vive progresivamente el país durante la última década. Para pensadores como Thomas Hobbes o Max Weber una idea de progreso político se vincula a que el monopolio del uso de la violencia legítima esté en manos del Estado; algo que es cada vez más ajeno a un gran número de países de la región, cuya enumeración es innecesaria. El asesinato de Villavicencio debe entenderse como el cruce de una línea roja que alerte que se entra en un escenario extremadamente peligroso que se aboca a una situación de Estado fallido.

El triunfo claro de Javier Milei en las elecciones argentinas ha sido un aldabonazo mayúsculo de una oferta política, sin entrar en las connotaciones individuales vinculadas con su trayectoria personal ni con la ausencia de un proyecto mínimamente articulado con una maquinaria política, que cuestiona a su vez en profundidad al Estado en tanto que institución pública. En primer lugar, su decidido posicionamiento de prescindir de la moneda nacional lo aleja de los presupuestos clásicos referidos a que el poder de acuñar moneda es una de las características clave de la soberanía. Pero es sobre todo su decidida fe en su utopía libertaria la que deconstruye el marco de la convivencia larvado a lo largo del tiempo. Sus manifestaciones de condena del pacto social sobre el que se articula el Estado social de derecho son contundentes.

Guatemala, a lo largo de décadas, ha construido lo que Edgar Jiménez denomina un «Estado corporativo mafioso». Usando el poder de élites económicas tradicionales, se ha logrado la hábil cooptación de un sector neural de la justicia que se inició cuando se expulsó del país a la Comisión Internacional contra la Impunidad en Guatemala (CICIG), un proyecto avalado por la Organización de las Naciones Unidas para modernizar la justicia después de los acuerdos de paz. Los efectos del denominado «pacto de corruptos» han tenido consecuencias muy graves en la proscripción de candidaturas y la persecución de miembros del poder judicial que no se sometieron a sus dictámenes. Guatemala es el país latinoamericano que cuenta con mayor número de personal de la judicatura exiliado, a los

que se suman periodistas y activistas en derechos humanos. Por su parte, el proceso electoral actual sigue estando en un brete de colapsar como consecuencia de la persecución al Movimiento Semilla de Bernardo Arévalo.

El Estado, en tanto que institución política por excelencia, es fruto de un dilatado proceso histórico en el que se aglutinan cambios de diferente naturaleza que ha vivido la humanidad. Se trata de una estructura fundamental para articular la convivencia humana ajustando el equilibrio de poderes y asegurándose con un grado mínimo de eficacia y eficiencia. Su carácter complejo y proceloso le impele a ser objeto de permanente revisión, pero esto no se llevará a cabo si el debate público no es continuamente accesible. Si Karl Popper se refirió a «*la sociedad abierta y sus enemigos*» abriendo una discusión de largo aliento que llega hasta nuestros días, es también el momento de poner encima de la mesa la cuestión del Estado social de derecho y sus enemigos (Popper, 2017).

El gran consenso

Entre las muchas definiciones de carácter lapidario que conozco del término política, la que establece que es «la gestión del conflicto» es mi favorita. Cuatro palabras que resumen el sentir de una actividad humana por excelencia. Una palabra que da pie a una elevada bibliografía y sobre cuyo estudio se configuran carreras universitarias de duración diferente. El conflicto como un escenario en el que el miedo desempeña un papel trascendental y la gestión como un conjunto de artes en el complejo proceso de toma de decisiones en el seno de una colectividad.

Sin embargo, hay una versión más benévola y cargada de notables dosis de optimismo que pone el acento en el establecimiento de marcos de entendimiento y de negociación. En ella lo que predomina es la búsqueda de consensos en el comportamiento de los individuos bien sea por la existencia de un clima de confianza mutua o por el establecimiento de reglas que propicien un determinado nivel de convivencia. El capital social e instituciones marcadas por un reconocimiento ampliamente extendido constituyen los resortes en que se basa su desarrollo.

En cierta manera, estos dos factores pueden también encontrarse en el escenario definido por el conflicto, con independencia de la ausencia de una visión «buenista» del problema. Pero, frente al énfasis de lo conflictivo, lo consensual gozaría de una mayor dosis de fervor. Así, gobernar mediante el consenso estaría siempre más valorado que el

gobierno del conflicto pues éste, además, supondría una caída en la siempre repudiada polarización.

En fechas recientes, la ausencia del consenso ha sido el mantra más repetido a la hora de enjuiciar el documento entregado al presidente Gabriel Boric por el Consejo Constitucional encargado de la elaboración del proyecto de constitución. Ricardo Lagos, en declaraciones al diario *El País* del 4 de noviembre de 2023, advertía al respecto que «[se] nos entrega un texto partisano, sin ninguna posibilidad de representar a la Nación como un todo» (Álvarez, 2023). Quedaba así defraudada la política del consenso marcada por una loable reivindicación en favor de un futuro promisorio en torno a una pretendida comunidad homogénea y puesta de acuerdo en lineamientos básicos de su quehacer inmediato.

Después de una tarea que se ha extendido de modo prácticamente ininterrumpido durante cuatro años, la vía constituyente chilena va camino de una conclusión estéril. El probable voto negativo echará por tierra miles de horas dedicadas al mismo por parte de activistas, clase política, analistas —de opinión y de la academia— y una ciudadanía participante en consultas y en procesos electorales. Personas comprometidas con lo que individualmente estiman que es lo mejor para el país, bienintencionadas (o no) y dotadas de un mayor o menor conocimiento. El triunfo del voto afirmativo no mejoraría las cosas. En fin, un esfuerzo en pro de un consenso vano enterrado por, se dice, la irracionalidad del conflicto siempre presente.

Las razones y la casuística de lo acontecido han sido, son y seguirán siendo objeto de documentados análisis, pero de momento parecieran desprenderse tres grandes cuestiones que ameritan considerarse por sus potenciales implicaciones para confrontar situaciones similares en los países del vecindario que puedan tener un impacto significativo en el deterioro de la democracia. Algo relevante si además no se deja de asumir que el nivel de la democracia de Chile sitúa al país entre los tres más destacados de América Latina, de acuerdo con lo señalado más arriba. El carácter sistémico de estos asuntos anima a su consideración de manera integrada.

Las reformas a la totalidad que pretenden implementar, como es en este caso, un nuevo orden constitucional choca diametralmente con aquellas que se pueden efectuar paulatinamente. El gradualismo es un procedimiento «de dos pasos adelante y uno atrás» que, al adecuar las decisiones tanto en el tiempo como en los temas, permite avances substantivos a largo plazo. Por el contrario, el maximalismo basado en «el todo o nada»

supuestamente permite en su límite «asaltar el cielo», pero a menudo conlleva atropello y vaciamiento del proceso, que concluye siendo el de una parte de la sociedad. La confusión generada por el reclamo urgente hace dos décadas de la afamada «construcción de hegemonía» sigue cobrando sus dividendos.

En segundo lugar, el siglo XXI se asienta sobre una modernidad líquida, en los términos ya referidos de Zygmunt Bauman. Una situación que se fue potenciando por la revolución digital en clave de un individualismo muy agudo y de la proliferación de identidades múltiples, cambiantes y superponibles que hacen muy difícil la articulación de proyectos colectivos unidimensionales. Si siempre la nación fue una construcción artificial, sin duda bastante exitosa hasta cierto momento, hoy resulta una quimera. De esta forma, pretender expresar la presumida voluntad de la nación como un todo en un único proceso, aunque éste vea sus pasos articulados por mecanismos que en otros momentos funcionaron, significa ignorar los cambios exponenciales registrados en la sociedad en los últimos años.

Por último, la polarización afectiva enseña el panorama político de forma generalizada y es el epítome que asola por excelencia a las democracias actuales. Entendida como la tendencia a ver negativamente a los partidarios opuestos y positivamente a los copartidarios, supone la entrada en la política de las emociones en un mundo extremadamente fragmentado y singularizado. La polarización afectiva expandida por doquier conlleva que la pretensión de establecer el gran consenso refundador de un nuevo orden político encuentre una traba cuya confrontación requiere, en la línea del apartado anterior, plantear nuevos mecanismos de acción. Me temo que los procesos constituyentes como los conocimos hasta hace poco son asuntos definitivamente del pasado, y estimo que hoy la demanda es de conceptos novedosos y estrategias innovadoras donde el señuelo del consenso encuentre reemplazo. Mientras tanto, no queda más remedio que lidiar con el conflicto gestado en tantas direcciones como hay individuos supuestamente empoderados por su teléfono celular.

Un año más de democracia fatigada

El panorama electoral en 2023 es un débil indicador para tomar el pulso político a América Latina, si se tiene en cuenta que solamente cuatro países de la región celebraron elecciones presidenciales: Paraguay, Guatemala, Ecuador y Argentina. Si bien la geografía

permite concebirlos como una muestra representativa, parece evidente que, por su demografía y habida cuenta del peso de sus economías, no pueden dibujar titulares orientativos generalizables al resto del continente.

Los resultados electorales supusieron victorias de candidatos con márgenes de éxito claro frente a los segundos. Salvo en Paraguay, las relaciones entre el ejecutivo y el legislativo permiten avizorar un panorama muy complicado de confrontación y poca colaboración; además, los gobiernos van a estar liderados por presidentes (todos varones) con muy reducida experiencia política, que cuentan con partidos pequeños y de escasa trayectoria. Por otra parte, la alternancia de la oposición se dio en tres de los cuatro países (la excepción es también Paraguay); algo ya habitual en el caso de Guatemala, pues se ha producido siempre en los últimos cuarenta años. Por último, la orientación ideológica de los ganadores es dispersa ya que cubre buena parte del espectro programático.

En relación con el desarrollo de esos comicios, cabe registrar tres notas compartidas en los cuatro casos: el mantenimiento de las pautas tradicionales de participación electoral, la desorientación de las casas encuestadoras a la hora de realizar sus prospectivas y el activismo en las redes sociales. En otro orden de ideas, Ecuador ha registrado la mayor violencia en el proceso, con asesinatos de candidatos, y Guatemala, donde el vuelco político fue mayor por el triunfo de una opción política, el Movimiento Semilla, que defiende postulados contrarios a la tradición conservadora y oligarca de las últimas décadas, contempla cómo se ha judicializado el proceso y está todavía en el aire que el candidato vencedor, Bernardo Arévalo, asuma la presidencia en enero.

En términos regionales, se ha incrementado la tendencia a la fragmentación, que hace más difícil todavía la existencia de una sola voz con la que los países latinoamericanos puedan tener una interlocución internacional. El Grupo de Puebla, que da cabida a los denominados gobiernos progresistas, ha perdido a Argentina como socio valioso. También el paulatino sesgo hacia China que tienen las inversiones y el comercio exterior puede ralentizarse por la posible posición contraria que adopte el nuevo gobierno argentino.

No obstante, lo acontecido, en conjunción con procesos electorales de otra índole —notablemente en el ámbito municipal colombiano y con respecto al plebiscito constitucional chileno—, los antecedentes de 2002 y las proyecciones del ciclo electoral de 2024, permite volver a considerar cuatro asuntos que definen un perfil de comportamiento político que parece consolidarse.

En primer lugar, la presencia de líderes con un bagaje extremadamente diverso, pero dotados del impulso institucional que les brinda el presidencialismo, tiene como un asunto urgente de primera magnitud la construcción y consolidación de una base social que permita la sostenibilidad del proyecto político en marcha. Ello se da en un escenario de sociedades líquidas donde la articulación del propósito colectivo resulta muy compleja. El 55.7% del electorado argentino que ha apoyado a Javier Milei es un contingente desprovisto de toda identidad común, como de hecho sucede en la mayoría de los países latinoamericanos. Sin embargo, su simpatía hacia la causa por la que en su momento votaron requiere de continuidad para no entrar de inmediato en el cauce de la desilusión, que contribuye rápidamente a la desafección política acelerando la democracia fatigada. El fenómeno mexicano tras Andrés Manuel López Obrador es el caso excepcional contrario (Alcántara, 2024).

En segundo término, el referido bagaje con el que se mueven los presidentes latinoamericanos y la presidenta hondureña Xiomara Castro está cada vez más nutrido por figuras marcadas por un profundo individualismo y ajenas en su mayoría a toda tradición partidista. Además, su desconocimiento de la política práctica es habitual. Carentes de experiencia previa, son catapultados en su oficio por asesores profesionales que no sólo controlan las artes de escribir discursos y de orientar las principales estrategias comunicacionales de la campaña electoral, sino que ahora son maestros en el uso de mecanismos de inteligencia artificial y el manejo de las redes sociales, que es el principal medio de construcción de una carrera política. Un proceso creado sobre pies de barro que requiere para una exitosa continuidad de la satisfacción del punto anterior.

En tercer lugar, el denominado frente ideológico, o si se prefiere programático, está desdibujado porque los viejos patrones articulados en el eje izquierda-derecha no se encuentran configurados. Si muchas veces la ubicación de la política latinoamericana en ese eje resultó complicada, hoy lo es más. Diferentes cuestiones contribuyen a su enredo: la floración de identidades múltiples que se traslapan y el confuso panorama internacional, con una lógica aplastante de las relaciones amigo-enemigo articulada en diferentes frentes, configuran un mapa en el que resulta muy difícil situarse y, por consiguiente, la confusión se adueña de los actores.

Ello, no obstante, no significa que la polarización no esté presente; pero su traza se gesta gracias a la combinación de tres factores insoportablemente recurrentes: el juego

suma cero que impone el presidencialismo en torno a la personalización de los comicios, donde las candidaturas individuales son el factor preponderante; la articulación de las campañas electorales por parte de profesionales de la consultoría, que exacerban los aspectos diferenciales emocionales más relevantes para hacer de ellos el eje central de la política; y la existencia de sociedades más desarticuladas, desconfiadas y alienadas ante una política que muestra su cara oscura de la corrupción y su incapacidad de abordar los problemas más urgentes e inmediatos de la gente.

Referencias

- Alcántara, M. (2024, 9 de enero). Un año más de democracia fatigada. *Latinoamérica 21*. <https://latinoamerica21.com/es/un-ano-mas-de-democracia-fatigada-2/>
- Álvarez, B. (2023, 22 de noviembre). El gran consenso. Centro de Investigación para la Gobernanza Global (CIGG)-Universidad de Salamanca. <https://cigg-usal.es/el-gran-consenso/>
- Bauman, Z. (2015). *La modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica (publicación original 1999).
- Bude, H. (2017). *La sociedad del miedo*. Barcelona: Herder.
- Freedom House (s.f.). Countries and territories. <https://freedomhouse.org/countries/freedom-world/scores>
- Fundación Bertelsmann (2022). Political transformation. <https://bti-project.org/en/index/political-transformation>
- González, E. (2019, 18 de septiembre). Sociedad líquida y desigualdad económica. Fundación Rafael del Pino (FRP), Canal FRP. <https://frdelpino.es/actualidad/sociedad-liquida-y-desigualdad-economica/>
- Han, B-Ch. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Hobbes, T. (1651). *Leviatán*. Gallimard, París.
- Insulza, J. M. (2023, 12 de mayo). Valores esenciales de la democracia. El Líbero. <https://ellibero.cl/columnas-de-opinion/jose-miguel-insulza-valores-esenciales-de-la-democracia/>
- Popper, K. (2017). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona: Paidós (publicación original 1945).
- Riesman, D. (1981). *La muchedumbre solitaria*. Barcelona: Paidós.

The Economist (2023, 12 de enero). How Brazil should deal with the bolsonarista insurrection. https://www.economist.com/leaders/2023/01/12/how-brazil-should-deal-with-the-bolsonarista-insurrection?utm_medium=email.internal-newsletter.np&utm_source=salesforce-marketing-cloud&utm_campaign=espresso.EU&utm_content=the-world-in-brief-january-18th-2023&utm_term=01/18/23

Varieties of Democracy (v-Dem (s.f.). Democracy reports. <https://www.v-dem.net/publications/democracy-reports/>

Weber, M. (1921). *Economía y sociedad*. Madrid: Verbum.